

capilla en lo alto, á donde subian por veinte gradas, y donde estaban algunos ídolos de bulto. Halláronse allí muchos papeles del que ellos usan ensangrentados, y mucha otra sangre de hombres sacrificados, (á lo que Marina Tenépal dijo,) y tambien se hallaron el tajon sobre que ponian los sacrificados, y los navajones de pedernal con que los abrian por los pechos, y les sacaban los corazones en vida, y los arrojaban al cielo como en ofrenda, con cuya sangre untaban los ídolos y papeles que ofrecian y quemaban; grandísima compasion y aun espanto puso aquella vista á los españoles. De este lugarejo fué á otros tres ó cuatro que ninguno pasaba de doscientas casas, y todos los halló desiertos, aunque poblados de bastimentos y sangre como el primero. Tornóse de allí porque no hacia fruto ninguno, y porque era tiempo de descargar los navios y de enviarlos por mas gente, y porque deseaba asentar ya, detúvose en esto diez dias.

CAPITULO 30.

Como dejó Cortés el cargo que llevaba.

Como Cortés fué vuelto á donde los navios estaban con los demas españoles, hablóles á todos juntos diciéndoles, que ya veian cuanta merced Dios les habia hecho en guiarlos y traerlos sanos, y con bien á una tierra tan buena y tan rica, segun las muestras y apariencias que habian visto en tan breve espacio de tiempo, y cuan abundosa de comida, poblada de gente mas vestida, mas pulida y mas de razon, y que mejores edificios y labranzas tenian, que cuantas hasta entonces se habian visto ni descubierto en Indias, y que era de creer ser mucho mas lo que no veian que lo que parecia: por tanto que debian dar muchas gracias á Dios, y poblar allí, y entrar la tierra adentro á gozar la gracia y mercedes del Señor, y que para poder hacerlo mejor, le parecia asentar al presente allí, ó en el mejor sitio ó puerto que hallar pudiesen, y fortificarse muy bien con cerca y fortaleza para defenderse de aquellas gentes de la tierra, que no holgaban mucho con su venida y estada, y aun tambien para desde allí poder con mas facilidad tener amistad y contratacion con algunos indios y pueblos comarcanos, como era Zempóalan, y otros que habia contrarios y enemigos de la gente de Moteuhsoma; y que asentando y poblando podian descargar los navios, y enviarlos luego á Cuba, Santo Domingo, Jamaica, Boriquén y otras islas, ó á España por mas gente, armas, caballos, vestidos y bastimentos: y demas de esto era razon enviar relacion y noticia de lo que pasaba á España al emperador y rey su señor, con la muestra de oro y plata y cosas ricas de pluma que tenian; y para que todo esto se hiciese con mayor autoridad y consejo, él queria como su capitán nombrar cabildo, sacar alcaldes y regidores, y señalar todos

los otros oficios que eran menester para el regimiento y buena gobernacion de la villa que habian de hacer, los cuales velasen, rigiesen y mandasen, hasta tanto que el emperador proveyese y mandase lo que mas á su servicio conviniese, y tras esto tomó la posesion de aquella tierra con la demas por descubrir en nombre del emperador D. Carlos rey de Castilla: hizo los otros actos y diligencias que en tal caso se requerian, y pidió asi por testimonio á Francisco Fernandez, escribano real, que estaba presente. Todos respondieron que les parecia muy bien lo que habia dicho, y loaban y aprobaban lo que queria hacer Cortés, por tanto que lo hiciese así como lo decia; pues ellos habian venido con él para seguirle y obedecerle. Cortés entonces nombró alcaldes, regidores, procurador, alguacil, escribano, y todos los demas oficios á cumplimiento de cabildo entero en nombre del emperador su natural señor, y allí mismo les entregó las varas, y puso nombre al consejo de la villa rica de la Veracruz, porque el viernes de la cruz habian entrado en aquella tierra. Trás estos autos hizo Cortés luego otro ante el mismo escribano y ante los alcaldes nuevos, que eran Alonso Fernandez Portocarrero, y Francisco de Montejo, en que dejó, cedió y desistió en manos y poder de ellos como justicia real y ordinaria el mando y cargo de capitán general, y descubridor que le dieron los frailes gerónimos que residian y gobernaban en la isla española, y habia ejercido hasta allí; presentóles cédulas y papeles que traía por donde constaba, y puso el palo y el mando en manos del consejo para que nombrasen á dichos cargos, y los ejerciese el que fuese elegido por ellos, y con esto se fué y metió en su tienda. Causó tanta ternera y amor á todos los presentes esta accion de Cortés, que todos á una voz dijeron y pidieron al consejo, que en nombre del rey mandasen á Cortés tornase á ejercer los dichos cargos de capitán general, y descubridor de la tierra ganada y de la que se conquistase, y con efecto por mandado del consejo puso el escribano de cabildo, y le notificó un auto en que le mandaban en nombre del emperador, ejerciese los referidos cargos hasta que el rey determinase lo que conviniese á su real servicio, y así Cortés obedeció lo que se le mandaba tomándolo todo por testimonio.Aquí faltan al manuscrito de Chimalpain dos hojas, por lo que queda interrumpida la relacion: desde luego podré suplirla teniendo á la vista el texto mazorrado de Bernal Diaz del Castillo que hé preferido por haber sido soldado del ejército de Hernan Cortés, y testigo presencial de lo que refiere; no lo trasladaré á la letra, pero si diré lo mismo que él diria si existiera en la época presente, y hablara como en el siglo 19, economizando los arcaismos con que algunos quieren remedar la habla antigua española, ó sustituirla con la jerga francesa de nuestros periódicos cuya lectura estómaga á los hombres de regular gusto.

„Los soldados del bando de Diego Velazquez (que no eran pocos) habian cesado en sus murmuraciones despues de que el nombramiento de General fué confirmado por el ayuntamiento de Veracruz que Cortés mañeramente habia establecido para asegurarse en su autoridad: habia ganado á unos con dádivas, é impuesto á otros con amenazas y castigos; así es que por semejantes medios logró hacer en lo sucesivo de los partidarios mas acérrimos de Velasquez, unos amigos fieles que le ayudaron en la conquista; aunque otros que participaron de sus beneficios se le tornaron en enemigos crueles é inexórables. Veíanse sin embargo de esto en frente del real de Cortés una horca y una picota que formidaban á los revoltosos, y les quitaban la esperanza de intentar una nueva sedicion.

„El terreno caluroso de la playa de Veraeruz donde el ejército campaba, no permitia que permaneciese allí por mas tiempo: aumentaban á lo vencido de la estacion el mosco y el gègè, insectos insufribles, una incomodidad difícil de explicar: casi estaban agotados los víveres, no tanto porque se hubiesen consumido por la tropa, cuanto porque se encontraban corrompidos con el calor del país; temíase llegar á la carencia total de ellos por haberse retirado los indios de *Cotaxtlan* y de otros pueblos vecinos que los ministraban en abundancia, sin que para suplir su falta hubiese bastado que Pedro de Alvarado se internára á doce leguas de las inmediaciones para recoger algunos. La inseguridad del puerto (si puede darse este nombre á una rada abierta,) y sobre todo el temor de que los amigos de Diego Velazquez persistesen en la idea de reembarcarse para Cuba, teniendo oro de que disponer adquirido en los rescates; todo esto decidió á Cortés á trasladar su ejército al pueblo de *Chivistlán* para que las naves en el peñol y puesto situado en frente del puerto á distancia como de una legua tuviesen mayor seguridad.

„Partió pues Cortés marchando costa á costa con su tropa, y llegó al rio de la *Antigua* que venia algo crecido: pasáronlo los soldados en unas canoas quebradas que acaso hallaron, algunos á nado como Bernal Diaz, y otros en balsas. De la parte de allá se veían unos pueblos sujetos á Zempóalan, en los que encontraron vestigios é instrumentos de sacrificios humanos, ídolos, plumas de papagallos y muchos libros de papel de *metl* ó de pita, cosidos en varios dobleces como se usan en Castilla; pero no hallaron á persona alguna de quien tomar lengua porque los naturales se habian huido de miedo á lo interior; por tanto aquella noche no tuvieron los españoles que cenar. Al dia siguiente caminaron tierra adentro ácia el occidente, dejando la costa è ignorando el camino que llevaban. Halláronse en unos buenos prados donde estaban paciendo en manada unos venados, y Pedro de Alvarado que montaba una yegua alazana de su propiedad, corrió trás de uno, dióle una lan-

zada conque lo hirió, pero no pudo haberlo á las manos porque se entró monte á dentro. En esta sazón vieron venir hasta doce indios que eran vecinos de aquellas estancias donde durmieron la noche anterior, que venian de hablar á su cacique, y traian guajolotes y tortillas que presentaron por obsequio á Cortés de parte de su señor, suplicándole pasase á su pueblo que distaba de allí un *sol*, ó sea una jornada; dióles las gracias, los halagó, y caminaron para otro pueblo donde hicieron alto; allí tambien observaron los españoles vestigios de otros sacrificios que habian hecho de sangre humana; objetos horrorosos eran estos que ponian pavor”.... (Sigue el texto de Chimalpain.) Despues vieron los españoles en un cerrito hasta veinte personas. Cortés entonces envió allá cuatro de á caballo, y mandóles que si haciéndoles señas de paz huyesen, corriesen trás ellos y los trajesen, porque eran menester para lengua y guia del camino y pueblo, pues que iban ciegos y á tino, sin saber por donde echar á poblado: los de á caballo fueron, y ya que llegaron junto al cerrillo, y los voceaban y señalaban que iban de paz, huyeron aquellos hombres medrosos y espantados de ver cosa tan grande y alta, que les parecia monstruo, y que caballo y hombre era todo una cosa; pero como la tierra era llana y sin árboles, luego los alcanzaron y ellos se rindieron como que no traian armas, y así los trajeron todos á Cortés: tenian las orejas, narices y rostros con grandes y feos agüeros, y zarcillos como los otros que dijeron ser de Zempóalan, y así lo dijeron ellos y que estaba cerca la ciudad; preguntados que á qué venian, respondieron que á mirar, y por qué huían, dijeron que de miedo de gente no conocida: Cortés los aseguró entonces, y les dijo como él iba con aquellos pocos compañeros á su lugar á ver y hablar á su señor como amigo con mucho deseo de conocerle, pues no habia querido venir, ni salir del pueblo y por eso que le guiasen. Los indios dijeron que ya era tarde para llegar á Zempóalan, pero que le llevarian á una aldea que estaba de la otra parte del rio, y se veía desde allí, donde aunque era pequeña tendria buena posada y comida por aquella noche para toda su compañía. Cuando llegaron allá algunos de aquellos veinte indios, se fueron con licencia de Cortés á decir á su señor como quedaban en aquel lugarejo, y que otro dia tornarian con la respuesta; los demas se quedaron allí para servir y proveer á los españoles y nuevos huéspedes, y así los hospedaron y dieron bien de cenar. Cortés se recogió aquella noche lo mejor y mas fuerte que pudo. La mañana siguiente bien temprano vinieron á él hasta cien hombres, todos cargados de gallinas como pavos, y le dijeron que su señor se habia holgado mucho con su venida, y que por ser muy gordo y pesado para caminar no venia, pero que quedaba esperándole en la ciudad. Cortés almorzó aquellas aves con sus españoles, y se fué luego por donde le guiaron muy presto en ordenanza, y con dos tirillos á pun-

to por si algo aconteciese; desde que pasaron aquel río hasta llegar á otro, caminaron por muy gentil camino; pasaronle tambien á vado, y luego vieron á Zempòalan que estaria lejos una milla, toda rodeada de jardines y frescura, y muy buenas huertas de regadio. Salieron de la ciudad muchos hombres y mugeres como en recibimiento, á ver aquellos nuevos y mas que hombres, y dábanles con alegres semblantes muchas flores en ramilletes y frutas muy diversas de las que los nuestros conocian, y aun entraban sin miedo entre la ordenanzadel escuadron. De esta manera, y con este regocijo y fiesta entraron en la ciudad, que toda era un vergél, y con tan grandes y altos árboles, que apenas se parecian las casas: á las puertas salieron muchas personas de lustre á manera de cabildo, á los recibir, hablar y ofrecer. Seis españoles de á caballo que iban delante un buen trecho como descubridores, tornaron atrás muy maravillados ya que el escuadron entraba por la puerta de la ciudad, y dijeron á Cortés que habian visto un patio de una gran casa chapado todo de plata: él les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagro de ello, ni de cosa que viesen. Toda la calle por donde iban estaba llena de gente abobada de ver caballos, tiros y hombres tan extraños. Pasando por una muy gran plaza vieron á mano derecha un gran cercado de cal y canto con sus almenas, y muy bien blanqueado de yeso de espejuelo, y muy bien bruñido, que con el sol relucia mucho y parecia plata, y esto era lo que vieron y pensaron aquellos españoles que eran chapas; creo que con la imaginacion y buenos deseos que llevaban, todo se les antojaba, plata y oro, lo que relucia, y á la verdad como ello fué imaginacion, así fué imágen sin el cuerpo y alma que deseaban ellos. Habia dentro de aquel patio cercado una muy buena hiléra de aposentos, y al otro lado seis ó siete torres cada una por sí, y la una mas alta que las otras; pasaron pues por allí callando muy disimulados aunque engañados, y sin preguntar nada, siguiendo todavia á los que guiaban hasta llegar á las casas y palacio del señor, el cual entonces salió muy bien acompañado de personas ancianas y mejor ataviadas que los demas, y á par de sí, dos caballeros segun su ábito y manera que le traian del brazo. Como se juntaron èl y Cortés, hizo cada uno su mesura y cortesia al otro á fuèr de su tierra, y con los farautes se saludaron en breves palabras, y así se tornó á entrar luego en palacio y señaló personas de aquellas principales, que acompañasen y aposentasen al capitan y á su gente, los cuales llevaron á Cortés al patio cercado que estaba en la plaza, donde cupieron todos los españoles por ser de muchos aposentos y buenos. Luego que entraron se desengañaron, y aun se corrieron los que pensaban que las paredes estaban cubiertas de plata. Cortés hizo repartir las salas, colocar los caballos, asentar los tiros á la puerta, y en fin, fortalecerse allí como en real y junto á

los enemigos, y mandó que ninguno saliese fuera por necesidad que tuviese sin expresa licencia suya, só pena de muerte: los criados del señor y oficiales del regimiento proveyeron largamente de cena y camas á su usanza.

CAPITULO 31.

Lo que dijo Cortés al señor de Zempòalan.

Otro dia por la mañana vino el señor á ver á Cortés con una honrada compañía, y trájole muchas mantas de algodón que ellos visten y añudan al hombro, como las que cubren y traen las gitanas, y ciertas joyas de oro que valdrian dos mil ducados: díjole que descansase y tomase placer èl y los suyos, que por eso no le queria dar pesadumbre ni hablarle en negocios, y así se despidió. Entonces como habia hecho el dia antes, dijo que pidiesen lo que hubiesen menester ó quisiesen. Luego que se fué entraron sus criados con mucha comida guisada; mas indios que españoles eran y con grande abundancia de frutas y ramilletes, y de esta manera estuvieron allí quince dias proveidos abundantísimamente. Otro dia envió Cortés al señor algunas ropas y vestidos de España y muchas cosillas de rescate, y á rogarle que le dejase ir á su casa á verle y hablarle, pues era mala crianza sufrir que su merced viniese, y que no le fuese á visitar; respondió que le placia y holgaba de ello, y con esto tomó hasta cincuenta españoles con sus armas que le acompañasen, y dejando los demas en el patio y aposento con un capitan, apercebidos muy bien, se fué á palacio: el señor salió á la calle, y entráronse en una sala baja, que allí como tierra calorosa no fabrican en alto mas de que por sanidad levantan á tierra llena y maciza el suelo obra de un estado, á donde suben por escalones, y sobre aquello arman las casas, y cimentan las paredes que son de piedra ó adoves, pero lucidas de yeso ó con cal, y la cubierta es de paja ú hoja, tan bien y hermosamente puesta, que hermoséa y defiende las lluvias como si fuese teja. Sentáronse en unos banquillos como tejoncillos labrados, y hechos de una pieza pies y todo. El señor mandó á los suyos que se desviasen ó se fuesen, y luego comenzaron á hablar de negocios por intérpretes, y estuvieron un gran rato en demandas y respuestas; porque Cortés deseaba informarse de las cosas de aquella tierra, y de aquel gran rey Moteuhsoma, y el señor no era nada necio aunque gordo en demandar puntos y preguntas: la suma del razonamiento de Cortés fué darle cuenta y razon de su venida, y de quien y á qué le enviaba, como la habia dado en Tabasco, y á aquel señor que se decia Tendilli y á otros. Aquel cacique despues de haber oido con atención á Cortés, comenzó muy de raiz una plática larga, diciendo como sus antepasados habian vivido con gran quietud,

paz y libertad, mas que algunos años habia que estaba aquel su pueblo y tierra tiranizado y perdido; porque los señores de México Tenuchtilan con su gente de Culhúa, habian usurpado no solamente aquella ciudad, pero aun toda la tierra por fuerza de armas, sin que nadie se lo hubiese podido estorbar ni defender; mayormente que á los principios entraban por via de religion, con la cual juntaban despues las armas, y asi se apoderaban de todo antes que se catasen de ello, y ahora (dijo) que han caido en tan gran error no pueden prevalecer contra ellos, ni desechar el yugo de su servidumbre y tirania, por mas que lo han intentado tomando armas; antes cuanto mas las toman, tanto mayores daños les vienen, porque á los que se les ofrecen y dan, con ponerles cierto tributo y pecho, ó reconociéndolos por señores con algunas parias los reciben y amparan, los tienen como amigos y aliados; pero si les contradicen y resisten, y toman armas contra ellos, ó se rebelan despues de una vez sujetos y entregados, castiganlos terriblemente matando á muchos y comiéndoselos, despues de haberlos sacrificado á sus dioses de la guerra Tezcatlipuca y Huitzilopuchtlí, y sirviéndose de los demas que quieren por esclavos, haciendo trabajar al padre, hijo y muger desde que el sol sale hasta que se pone, y sin esto les toman y tienen por suyo todo lo que á la sazón poseen; y demas de todos estos vituperios y males, les envian á casa los alguaciles y recaudadores, y les llevan lo que hallan, sin tener compasion de dejarlos morir de hambre. Siendo pues de esta manera tratados de Moteuhsoma que hoy reina en México, (añadió) ¿quién no holgará ser vasallo, cuanto mas amigo de tan bueno y justo principe como le decian que era el emperador, siquiera por salir de estas vejaciones, robos, y agravios y fuerzas de cada dia, aunque no fuese por recibir ni gozar otras mercedes y beneficios, que un tan gran señor querrá y podrá hacer? Però aquí enterneciéndosele los ojos y el corazon; mas tornando en sí, encareció la fortaleza y asiento de México sobre agua, y engrandeciò las riquezas, córte, grandes huestes, y poderio de Moteuhsoma: dijo asimismo como Tlaxcalan Huexotzinco y otras provincias por allí con la serranía de los Tonaques, eran de opinion contraria á los mexicanos, y tenia ya alguna noticia de lo que habia pasado en Tabasco: que si Cortés queria, que trataria con ellos una liga de todos, que no bastase Moteuhsoma contra ella. Cortés holgándose con lo que oia, (que hacia mucho á su propósito,) dijo que le pesaba de aquel ruin tratamiento que se le hacia en sus tierras y súbditos; mas que tuviese por cierto, que él se lo quitaria y aun se lo vengaria, porque no venia sino á deshacer agravios (16)

[16] *Con razon se ha dicho que el tipo que Cervantes se propuso en su Quijote fué á Hernán Cortés. Hélo aquí un caballero andante pintiparado.*

y favorecer los opresos, ayudar á los menesterosos, y quitar tiranias; y fuera de esto, él y los suyos habian recibido en su casa tan buen acogimiento y obras, que quedaba en obligacion de hacerle todo placer y espaldas contra sus enemigos, y lo mismo haria con aquellos sus amigos; y que les dijese aquello á que venia, y que por ser de su parcialidad seria su amigo, y les ayudaria en lo que mandasen. Con esto se despidió Cortés diciendo, que habia muchos dias que estaba allí, y tenia necesidad de ver la otra su gente y navios que le aguardaban en Chiaviztlan, donde pensaba tomar asiento por algun tiempo, y donde se podrian comunicar. El señor Zempóal dijo, que si queria estar allí mucho en buena hora, y si no que cerca estaban los navios para tratar sin mucho trabajo ni tiempo lo que acordasen. Hizo llamar ocho doncellas muy bien vestidas á su manera y que parecian moriscas, una de las cuales traia mejores ropas de algodón, y mas labradas, y algunas piezas de oro y joyas encima, y dijo que todas aquellas mugeres eran ricas y nobles, y que la del oro era la señora de vasallos y sobrina suya, la cual dió á Cortés con las demas para que la tomase por muger, y las diese á los caballeros de la compañía que quisiese en prendas de amor y amistad perpetua y verdadera. Cortés recibió el don con mucho contento por no enojar al dador, y así se partió, y con él aquellas mugeres en andas de hombres con otras muchas que las sirviesen, y otros muchos indios que le acompañasen á él, y le guiasen hasta la mar, y le proveyesen de lo necesario.

CAPITULO 32.

Lo que sucedió á Cortés en el puerto Chiaviztlan, y otras cosas notables.

El dia que partieron de Zempóalan llegaron á Chiaviztlan, y aun no habian llegado los navios de que mucho se maravilló Cortés por haber tardado tanto tiempo en tan poco camino. Estaba un lugar á tiro de arcabuz ó poco mas del peñon en un repecho que se llamaba Chiaviztlan, y como Cortés estaba ocioso fué allá con los suyos en orden, y con los de Zempóalan, que le dijeron era de un señor de los opresos de Moteuhsoma; llegó al pie del cerro sin ver hombre del pueblo, sino dos que no los entendiò Marina: comenzaron á subir por aquella cuesta arriba, y los de á caballo quisiéranse apearse porque la subida era muy agria y áspera. Cortés les mandó que no, porque los indios no sintiesen que habia, ni podia haber lugar por alto y malo que fuese donde el caballo no subiese, y así subieron poco á poco, y llegaron hasta las casas, y como no vieron á nadie temian algun engaño; mas por no mostrar flaqueza entraron por el pueblo hasta encontrar una docena de hombres honrados, que traian un faraute que sabia la lengua de Cul-

húa y la de allí, que es la que se usa y habla en toda aquella serranía que llaman Totonác, los cuales dijeron, que gente de tal forma como los españoles ellos no habian visto jamas, ni oído que hubiesen venido por aquellas partes, y que por eso se escondian; pero que como el señor de Zempóalan les habia hecho saber quienes eran, y certificado ser gente pacífica, buena y no dañosa, se habian asegurado y perdido el miedo que cobraron viéndolos ir ácia su pueblo, y así venian á recibirlos de parte de su señor y á guiarlos á donde habian de ser aposentados. Cortés los siguió hasta una plaza donde estaba el señor del lugar muy acompañado, el cual hizo gran muestra de placer en ver aquellos extrangeros con tan largas barbas: tomó un brasero de barro con asquas, echó una cierta resina que parece anime blanco y huele á incienso, y saludó á Cortés incensando, que es ceremonia que usan con los señores y con los dioses. Cortés y aquel señor se sentaron bajo de unos soportales de aquella casa, y entre tanto que aposentaban la gente le dió cuenta Cortés de su venida en aquella tierra, como habia hecho á todos los demas por donde habia pasado; el señor dijo casi lo mismo que el de Zempóalan, y aun con harto temor de que Moteuhsoma no se enojase por haberle recibido y hospedado sin su licencia y mandado. Estando en esto asomaron veinte hombres por la otra parte frontera de la plaza, con unas varas en las manos como alguaciles, gordas y cortas, y con sendos mosqueadores grandes de pluma: el señor y los suyos temblaban de miedo en verlos. Cortés preguntó por qué, y dijéronle que porque venian aquellos recaudadores de las rentas de Moteuhsoma, y temian que dijese como habian hallado allí aquellos españoles, y que fuesen castigados por ello y maltratados. Cortés los esforzó diciendo que Moteuhsoma era su amigo, y haria con él que no les dijese ni hiciese mal ninguno por aquello, y aun que holgaria que le hubiesen recibido en su tierra, donde no que él los defenderia, porque cada uno de los que consigo traia bastaba para pelear con mil de México, como ya sabia muy bien el mismo Moteuhsoma por la guerra de Pontóchan. No se aseguraban nada el señor y los suyos por lo que Cortés les decia, antes se queria levantar para recibirlos y aposentarlos; tanto era el miedo que á Moteuhsoma tenian. Cortés detuvo al señor y dijole, porque veais lo que podemos yo y los míos, mandad á los vuestros que prendan y tengan á buen recaudo aquellos cogedores de México, que yo estaré aquí con vos, y no bastará Moteuhsoma á os enojar, ni aun él querrá por mí respeto. Con el ánimo que de estas palabras cobró, hizo prender aquellos mexicanos, y porque se defendian les dieron buenos palos, pusieron á cada uno de por sí en prision en un pie de amigo, que es un palo largo en que les atan los pies al un cabo, y la garganta al otro, y las manos en medio, y han de estar por fuerza tendidos en el suelo. Luego que los ata-

ron preguntaron si los matarian. Cortés les rogó que no, sino que los tuviesen allí y los velasen no se les fuesen; ellos los metieron en una sala del aposento de los nuestros, en medio de la cual encendieron un gran fuego, y pusieronlos á la redonda de él con muchas guardas. Cortés puso algunos españoles tambien de guarda á la puerta de la sala, y fuese á cenar á su aposento donde tuvo harto para sí, y para todos los suyos de lo que el señor les mandó.

CAPITULO 33.

Embajada que Cortés mandó al rey Moteuhsoma.

Cuando les pareció tiempo de que ya reposaban los indios por ser muy noche, envió á decir á los españoles que guardaban los presos, que procurasen soltar un par de ellos sin que las otras guardas lo sintiesen, y se los trajesen. Los españoles se dieron tal maña, que sin ser sentidos cortaron las cuerdas, que eran cierta suerte de mimbres y soltaron dos de ellos; los trajeron á la cámara donde Cortés estaba, el cual hizo como que no los conocia, y preguntóles con Aguilar y Marina que le dijese quienes eran y qué querian, y que por qué estaban presos: ellos dijeron que eran vasallos de Moteuhsomatzin, y que tenian cargo de cobrar ciertos tributos que los de aquel pueblo y provincia pagaban á su señor, y que no sabian la causa por qué los habian prendido y maltratado; antes si se maravillaban de ver aquella novedad y desatino, porque los salian otras veces á recibir al camino con no poco acatamiento, y hacer todo servicio y placer; mas que creian, que por estar él allí con todos sus otros compañeros que decian ser inmortales, se les habian atrevido aquellos serranos, y aun temian no matasen á los que presos estaban, segun eran aquellos de allí bárbara gente, antes que Moteuhsoma lo supiese, contra el cual holgarian rebelarse por darle costa y enojo si hallasen coyuntura, que otras veces lo solian hacer: por tanto que le suplicaban hiciese como ellos y los otros sus compañeros no muriesen, ni quedasen en manos de aquellos sus enemigos, que recibiria su señor mucho pesar si aquellos sus criados viejos y honrados padecian mal por servir bien. Cortés les dijo, que le pesabamuchó que el señor Moteuhsoma fuese deservido siendo su amigo donde estaba, ni sus criados maltratados, que habia de mirar por ellos como por los suyos; pero que diesen gracias á Dios del cielo, y al que los mandó soltar en gracia y amistad de Moteuhsoma, para despacharlos luego á México con cierto recado; por eso que comiesen y se esforzasen á caminar encomendándose á sus pies, no los cojiesen otra vez que seria peor que la pasada. Ellos comieron presto, que no se les cocia el pan por irse de allí. Cortés los despidió luego, y los hizo sacar del pue-

blo por donde ellos guiaron, y darles algo que llevasen de comer, y les encargó por la libertad y buena obra que de él habían recibido, que dijese a Moteuhsoma su señor como él lo tenía por amigo, y deseaba hacerle todo servicio despues que oyó su fama, bondad y poder, y que había holgado hallarse allí á tal tiempo para mostrar esta voluntad soltándolos á ellos, y pugnando por guardar la honra y autoridad de tan gran principe como él era, y por favorecer y amparar los suyos y mirar por todas sus cosas como por las propias; y que aunque su alteza no venia á la amistad suya y de los españoles segun lo mostró Teudilli gobernador de Cuertlaxtla dejándole sin decir á Dios, y ausentándole la gente de sus costas y de sus tierras, no dejar a él de servirle siempre que hubiese ocasion, y procurar por todas las vias posibles y manifiestas, su gracia, favor y amistad, que bien creído tenía; pues no había razon para lo contrario sino antes toda buena obra y señal de amor de una parte a otra, que su alteza antes huía y reusaba su amistad, pues mandaba que nadie de los suyos le viese ni hablase, ni proveyese por sus dineros de lo que era necesario para la sustentacion de la vida, sino que sus vasallos lo hacian pensando servirle; mas que por acertar erraban, no conociendo que Dios los venia á ver y encontrar con criados del emperador, de quien podia él y ellos todos recibir grandisimos beneficios y saber secretos y cosas santisimas, y si que por él quedaba, que fuese á su culpa; pero que confiaba en su prudencia que mirándolo bien, holgaria hablarle y de ser amigo y hermano del rey de España, en cuyo felicísimo nombre eran allí venidos él y sus compañeros; y en cuanto á sus criados que quedaban presos, que él procuraria que no peligrasen, y así prometia libertarlos por solo su servicio, y que luego lo hiciera como á los dos que enviaba con este message, si no fuera por no enojar á los de aquel lugar que le habían hospedado y hecho mucha cortesía y todo buen tratamiento, y no pareciese que se lo pagaba y agradecia mal en irles á la mano en cosa que hacian en su casa. Los mexicanos se fueron muy alegres, y prometieron de hacer lealmente lo que les mandaba.

CAPITULO 34.

Rebellion y liga que se hizo contra Moteuhsoma por industria de Cortés.

Cuando otro dia amaneció y echaron menos los dos presos, riñó el señor á las guardas, y quiso matar á los que custodiaban, sino que con el rumor que hubo y con estar esperando qué dirían ó harían los del pueblo no lo hizo: salió Cortés y rogó que no los matasen, pues eran mandados de su señor y personas Públicas que segun derecho natural, ni merecian pena, ni tenían

culpa de lo que hacian sirviendo á su rey; y que porque no se les fuesen aquellos como lo habían hecho los otros, que se los confiasen y entregasen á él, y á su cargo si se le soltasen: diéronselos, y enviòlos á las naos anezándolos y diciéndolos que les echasen cadenas; tras esto juntáronse á consejo con el señor ciscados todos de miedo, y platicaron lo que harian sobre aquel caso, pues estaba cierto que los huidos habían de decir en México la afrenta y mal tratamiento que les fué hecho: unos decian que era conveniente á todos enviar el pecho á Moteuhsoma, y otros dones con embajadores para aplacarle la ira y enojo, y disculparse culpando los españoles que los mandaron prender, y suplicarle les perdonasen aquel yerro y dilate que habían hecho como locos y atrevidos en desacato de la magestad mexicana: otros decian que muy mejor era desechar el yugo que tenían de esclavos, y no reconocer mas á los de México, que eran malos y tiranos; pues tenían en su favor aquellos medio dioses invencibles caballeros españoles, y tendrían otros muchos vecinos que les ayudarían; resolviéronse á la postre que se rebelasen y no perdiesen aquella ocasion, y rogaron á Fernando Cortés, que lo tuviese por bien y que fuese su capitán y defensor; pues por él se habían puesto en aquello, que enviase Moteuhsoma ó no ejército sobre ellos, estaban ya determinados á romper con él y hacerle guerra. Dios sabe cuanto Cortés se holgaba de aquellas cosas, que le parecia que por allí iban felizmente. Respondióles que mirasen muy bien lo que hacian, que Moteuhsoma á lo que tenía entendido era poderosísimo rey; pero que si así lo querían, que él los capitanearia y defenderia seguramente, que mas queria su amistad que la del otro, que le despreciaba; pero que con todo esto queria saber que tanta gente podrian juntar: ellos dijeron que cien mil hombres entre toda la liga que se haria. Cortés dijo que enviase luego todos los de su parcialidad y enemigos de Moteuhsoma, á avisarles y apercibirles de aquello, y á certificarles de la ayuda que tenían de los españoles; no porque él tuviese necesidad de ellos ni de sus huestes, que él solo con los suyos bastaba para todos los de Culhua, y aunque fuesen otros tantos, sino porque estuviesen á recado y sobre aviso no recibiesen daño, si por acaso Moteuhsoma enviase ejército sobre algunas tierras de los confederados, tomándolos á sobresalto y descuido; y porque tambien si tuviese necesidad de socorro y gente de aquella suya que los defendiese, que se la enviase con tiempo. Con esta esperanza y ánimo que Cortés les ponía, y con ser ellos de suyo orgullosos y no bien considerados, despacharon luego sus mensajeros por todos aquellos pueblos que les pareció á hacerles saber lo que tenían concertado, poniendo á los españoles encima de las nubes. Por aquellos medios y ruegos se rebelaron algunos lugares y señores y aquella serrania entera, y no dejaron recaudador de México en parte ninguna de todo aquello, publican-

do guerra abierta contra Moteuhsoma. Quiso Cortés revolver á estos para ganar las voluntades á todos y aun las tierras, viendo que de otro modo no podía: hizo prender los alguaciles: congracióse de nuevo con Moteuhsoma, alteró aquel pueblo y la comarca, ofrecióles la defensa, y dejólos rebelados para que tuviesen necesidad de él.

CAPITULO 35.

Fundacion de la Villa rica de Veracruz.

Ya las náos estaban detrás del peñón: fué á verlas Cortés, y llevó muchos indios de aquel pueblo rebelado: y de otros allí cerca, y los que traía consigo de Zempóalan con los cuales se cortó mucha rama y madera que se trajo con alguna piedra para hacer casas en el lugar que trazó, á quien llamó la Villa rica de Veracruz, como habian acordado cuando se nombró el cabildo de S. Juan de Ulúa; repartieronse los solares á los vecinos y regimiento, y señalaronse la iglesia, plaza, casas de cabildo, cárcel, atarazanas, desaguadero, carniceria y otros lugares públicos y necesarios al buen gobierno y policia de la Villa; trazóse asimismo una fortaleza sobre el puerto en sitio que pareció conveniente, y comenzóse luego ella y los demas edificios á labrar de tapieria, pues es la tierra de allí buena para ello. Estando muy metidos en trabajar, vinieron dos mancebos de México sobrinos de Moteuhsoma con cuatro hombres ancianos bien tratados por consejeros, y muchos otros por criados y para servicio de sus personas. Llegaron á Cortés como embajadores, y presentaronle mucha ropa de algodón bien tejida, y algunos plumajes gentiles y extrañamente obrados, y ciertas piezas de oro y plata bien labradas, y un casquete de oro menudo sin fundir, sino en grano como lo sacan de la tierra: pesó todo esto doscientos noventa castellanos, y dijéronle que Moteuhsoma su señor le enviaba el oro de aquel caso para su dolencia, (17) y que le hiciese saber de ella: diéronle las gracias de haber soltado aquellos dos criados de su casa, y defendido el que matasen otros: que fuese cierto que lo mismo haria él en cosas suyas, y que le rogaban que hiciese soltar los que aun estaban presos, y que perdonaba el emperador el castigo de aquel desacato y atrevimiento porque le quería bien, y por los servicios y acogimiento que le habian hecho en su casa y pueblo: pero que ellos eran tales, que presto harian otro exceso y delito por donde lo pagasen todo junto, como el perro los palos. En cuanto á lo demas dijeron, que como estaba malo y ocupado en otras guerras y negocios importantisimos, no podia se-

[17] Con mas de mil quinientos millones sacados, aun no se cura esta dolencia española.

ñalar de presente donde, ó como se viesen; mas que andando el tiempo no faltaria manera. Cortés los recibió muy alegremente y los aposentó lo mejor que pudo en la ribera del rio en chozas, y en unas tendezuelas de campo, y mandó luego á llamar al señor de aquel pueblo rebelado, dicho Chiaviztlan: vino y díjole cuanta verdad le habia tratado, y como Moteuhsoma no osaria enviar ejército ni hacer enojo donde él estuviere: por tanto que él y los confederados podian de allí adelante quedar libres y exentos de la servidumbre mexicana, y no acudir con los tributos que solian; mas que le rogaba no lo tuviese á mal, si soltase los presos y los daba á los embajadores: él respondió que hiciese á su voluntad, que pues de ella colgaba, no excederia un punto de lo que mandase. Bien podia Cortés tener estos tratos con gente que no entendia por donde iba el hilo de la trama. Tornóse aquel señor á su pueblo y los embajadores á México, y todos muy contentos, porque él esparció luego aquellas nuevas, y el miedo que Moteuhsoma tenia á los españoles por toda la sierra de los totonaques, é hizo tomar armas á todos y quitar á México los tributos y obediencia, y ellos tomaron sus presos y muchas cosillas que les dió Cortés de lino, lana y cuero, y fuéronse maravillados de ver los españoles y todas sus cosas.

CAPITULO 36.

Como tomó Cortés á Tizapancinca por fuerza, y otras cosas sucedidas.

No mucho despues que pasó todo esto mandaron los de Zempóalan á pedir á Cortés españoles y ayuda para contra la gente de guarnicion de Culhúa, que tenia Moteuhsoma en Tizapancinca que les hacia muchos daños, quemas y talas en sus tierras y labranzas, prendiendo y matando los que las labraban. Confina Tizapancinca con los totonaques y con tierras de Zempóalan, y es un buen lugar y fuerte, que tiene su asiento á par de un rio, y la fortaleza es un peñasco alto; y por ser así fuerte, y estar entre aquellos que á cada paso se rebelaban, tenia Moteuhsoma puesta gran cópia de hombres de guerra de guarnicion, los cuales como veron revueltos y con armas á los rebeldes, y que se les venian á guarecer allí, huuyendo los recaudadores y tesoreros de aquellas comarcas salian á remediar la rebelion, y en castigo quemaban y arruinaban cuanto hallaban, y aun habian prendido muchas personas. Cortés fué á Zempóalan, y de allí en dos jornadas con un grande ejército de aquellos indios sus amigos á Tizapancinca, que estaba mas de ocho leguas de la ciudad; salieron al campo los de Culhúa pensando de lo haber con los zempoalenses; mas como vieron los de á caballo y los barbudos, se pasmaron y

echaron á huir á mas correr. Estaba cerca la guarida y acogiéronse presto; quisieron meterse en la fortaleza, mas no pudieron tan aína que los de á caballo no llegasen con ellos hasta el lugar, y como no podian subir al peñasco, apeáronse Cortés y otros cuatro, y metiéronse dentro la fuerza á revueltas de los del pueblo sin contraste. Entrados tuvieron la puerta hasta que llegaron los demas españoles y otros muchos de los amigos, á los cuales entregó la fortaleza y el pueblo, y rogó que no hiciesen mal á los vecinos que los dejasen ir libres, pero sin armas ni banderas á los soldados que lo guardaban, y fuè cosa nueva para los indios: ellos lo hicieron así, y èl se retiró á la mar por el camino que fuè. Con este hecho y victoria que fuè la primera que Cortés tuvo de la gente de Moteuhsoma, quedó aquella serrania libre de miedo y vejaciones de los de México, y los nuestros en grandísima fama y reputacion para con los amigos y no amigos; tanto que despues quando se les ofrecia algo, enviaban á pedir á Cortés un español de aquellos de su compañía, diciendo que aquel solo bastaba para capitán y seguridad: no era malo este principio para lo que Cortés queria. Quando Cortés llegó á la Veracruz viò muy ufanos los suyos por aquella victoria, halló que era ya venido Francisco de Salceda con la carabela que él habia comprado á Alonso Caballero, vecino de Santiago de Cuba, y que la habia dejado dando carena, el qual traía setenta españoles y nueve caballos y yeguas, de que no poco esfuerzo y alegría tuvieron.

CAPITULO 37.

El presente que Cortés envió al emperador Carlos V. por su real quinto.

Daba prisa Cortés que trabajasen en las casas de la Veracruz y en la fortaleza, para que tuviesen los vecinos y soldados comodidad de vivienda, y resistencia alguna contra las lluvias y enemigos, porque entendia el irse presto la tierra adelante camino de México en demanda de Moteuhsoma; y por dejarlo todo asentado y como debia estar para llevar menos cuidado, comenzó á dar órden y concierto en muchas cosas tocantes así á la guerra como á la paz. Mandò sacar á tierra todas las armas y pertrechos de guerra y cosas de rescate de los navios, y las vituallas y provisiones que habia, y entregáronselas al cabildo como lo tenia prometido. Habió asimismo á todos diciendo, que ya era tiempo de enviar al rey la relacion de lo sucedido, y hecho hasta entonces con las nuevas y muestras de oro, plata y riquezas que hay en ella, y que para esto era necesario repartir lo que habia habido por cabezas, como era costumbre en la guerra de aquellas partes, y sacar de allí el quinto; y porque mejor se hiciese el nombraba

y nombró por tesorero del rey á Alonso de Avila, y del ejército á Gonzalo Mexia. Los alcaldes y regimiento con todos los demas dijeron, que les parecia bien todo lo que habia dicho y que se hiciese luego, y que no solo holgaban que aquellos fuesen tesoreros, mas que ellos los confirmaban y rogaban que lo quisiesen ser. Hizo luego tras esto sacar y traer á la plaza que todos lo viesen la ropa de algodón que tenia allegada, las cosas de pluma que eran mucho de ver, y todo el oro y plata que habia que pesó doscientos setenta mil ducados, y entregóse así por peso y cuenta á los tesoreros, y dijo al cabildo que lo repartiesen ellos; pero todos dijeron y respondieron que no tenían que repartir, porque sacando el quinto que pertenecia al rey, era lo demas menester para pagarle á él los bastimentos que les daba, la artilleria y navios que servian de comun á todos; por esto que se lo tomase todo, y enviase al rey sus derechos muy cumplidamente y lo mejor. Cortés les dijo que tiempo habia para tomar èl aquello que le daban para sus muchos gastos y deudas; que de presente no queria mas parte que lo que le tocaba como á su capitán general, y lo demas fuese para que aquellos haldagos comenzasen á pagar las deudillas que traian por venir con èl en esta empresa, y porque lo que él tenia ánimo de enviar al rey valia mas de lo que importaba el quinto: rogóles no se lo tuviesen á mal, pues era lo primero que enviaban, y cosas que no sufrían partir ni fundir si exediese de lo acostumbrado, no curando de quintar á peso ni suertes, y como halló en todos ellos buena voluntad, apartò del monton lo siguiente: las dos ruedas de oro y plata que dió Teudilli de parte de Moteuhsoma: un collar de oro de ocho piezas, en que habia ciento ochenta y tres esmeraldas pequeñas engastadas, y doscientas treinta y dos pedrezuelas como rubies no de mucho valor: colgaban de él veinte y siete como campanillas de oro, y unas cabezas de perlas ó berruecos: otro collar de cuatro trozos torcidos con ciento dos rubinejos, y con ciento setenta y dos esmeraldejas: diez perlas buenas no mal engastadas, y por orla veinte y seis campanillas de oro: entrambos collares eran de ver, y tenían otras cosas primorosas sin las dichas: muchos granos de oro, ninguno mayor que garvanzo, así como se hallan en el suelo: un casquete de granos de oro sin fundir, sino groseros, llano, y no cargado: un morrion de madera chapado de oro, y por defuera mucha pedreria, y por bebederos veinte y cinco campanillas de oro, y encima una ave verde con los ojos, pico y pies de oro: un capacete de planchuelas de oro y campanillas al rededor, y por la cubierta piedras: un bracelete de oro muy delgado: una vara como cetro real con dos anillos de oro por remates, y especie de ganchos con tres puntas torcidas guarnecidos de perlas que parecian bien: cuatro *arrexagues* de tres ganchos cubiertos de pluma de muchos colores, y las puntas de berruecos atado con hilo de oro: